Tiene seguro su razón de ser que las dictaduras desconfíen hondísimamente de la imaginación e intenten, en la medida de lo posible, prohibirla. Se sienten amenazadas por ella, le tienen miedo porque en el ser humano ella constituye una fuerza

hay cada vez más niños con enfermedades de mánagers o con úlceras de estómago, por no hablar de neurosis. Y eso en nombre de la Ilustración y el Progreso.

Realismo como convención

El llamado realismo en la literatura presupone dos cosas: primero, creer que sabemos lo que es realidad, es decir, que nuestra idea de ésta sea definitiva y cierta. Segundo, creer que es posible o incluso útil reproducir

esa realidad. Lo segundo, naturalmente, resulta de lo primero.

Para desvirtuar la primera convicción, basta en el fondo considerar por un instante esa idea nuestra. Entonces se da uno cuenta de que la realidad de que habla un mandarín del año 1000 se diferencia mucho de la de un enciclopedista de la Francia del siglo XVIII, y ésta a su vez, totalmente, de la de un monje de la época gótica. Cada uno de los tres tiene a su realidad por definitiva y cierta. Los hombres de hoy, sin embargo, vemos que la

De esa manera, el realismo no es otra cosa que una parte relativamente reciente de la literatura fantástica, pero que, al contrario que ésta, no tiene una clara visión de sus propios condicionamientos previos. La literatura fantástica parte del supuesto de que la única realidad que podemos describir honradamente es la que inventamos nosotros mismos. Lo mismo que hace el realismo, con la diferencia de que éste no lo sabe o afirma no saberlo.

Cultura experimental

La palabra «experimento» produce hoy por lo visto tal fascinación en mucha gente que nadie reflexiona sobre lo que pueda significar. Tenemos teatro experimental, exposiciones experimentales, música experimental, escuelas experimentales…, y por supuesto también literatura experimental. A mí me parece que en todo ello se ha trasladado un concepto de la ciencia (es decir, de la ciencia de la naturaleza, pues no parece posible hacer experimentos filosófi-

tando las propias ideas y las propias expectativas.

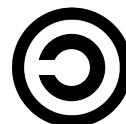
No hay un arte *en sí*, ninguna literatura *en estado natural*, o sea, sin el ser humano. Todo es desde un principio creación humana y por tanto no es posible observarla como *libre de valor*. El riesgo personal, la aventura, es algo muy distinto del experimento, porque éste tiene justamente la intención de excluir el riesgo personal (a veces la cosa sale mal, indudablemente, pero de eso no se trataba). Nunca, en el arte o en la literatura, se ha dado el más mínimo paso hacia

delante mediante el experimento. Siempre ha sido la personalidad de un individuo la que, con todo el peso de sus facultades y de sus valoraciones, ha impuesto nuevas normas.

A mí, esas gentes que hacen experimentos con el arte y la literatura me parece como si en realidad quisieran decir lo siguiente: «Nosotros no estamos de acuerdo, por supuesto, con lo que hacemos. Con nosotros, personalmente, eso no tiene nada que ver. Con ello no nos comprometemos absolutamente a nada.

los criterios artísticos. Pero éstos no pueden separarse de la persona. No se puede hacer de la falta de criterios un *nuevo principio cultural*. Pero si se piensan las cosas hasta el final, tal es el resultado de todos esos intentos.

Impreso en Bogotá



anárquica. Esa fuerza anárquica tiene dos polos, uno destructivo y uno creativo. La imaginación deshace órdenes de pensamiento ya existentes, pero crea al mismo tiempo nuevas ideas o hace surgir nuevas relaciones entre las ya existentes. Contra eso se defiende, como es natural, todo sistema inmovilista que pretenda ser el único sistema válido y que aspire a que todo funcione sin contratiempos dentro del propio orden.

Visto así, en el llamado *mundo libre* vivimos hoy también en una dictadura, la de una despiadada sociedad de már-

keting y de competencia. En ella, el ser humano es formado desde muy pronto, desde la misma escuela, en la idea del rendimiento. A la imaginación se la deja funcionar todo lo más en forma de *brainstorming*, o sea, para que desarrolle nuevas ideas de producción o estrategia de venta. La imaginación desprovista de intencionalidad se considera derroche de energía. Pero bajo tal yugo, la imaginación se atrofia, enferma y muere. Eso hace enfermar también a las personas, sobre todo a los niños, en el cuerpo y en el alma. En nuestros hospitales

realidad ha estado cada vez vinculada a una lengua y una cultura, que es resultado de un proceso histórico y que es por tanto cambiante. Donde los fantasmas forman parte de la realidad, los relatos de fantasmas no son tenidos por literatura fantástica, sino por narraciones realistas, y a la inversa, naturalmente. Esto, obviamente, es aplicable también a nuestra idea de realidad. Creer en la exactitud es sólo, por tanto, no percibir una convención.

La segunda creencia se neutraliza, a mi parecer, ella misma. Querer hacer una

reproducción verdaderamente fiel de la realidad es, aproximadamente, tan razonable como el confeccionar un mapa a escala 1:1. Aun prescindiendo de que eso es casi imposible, uno se pregunta: ¿y para qué? ¿Para qué ese espejo que sólo va a duplicar el mundo?

Pero si el realismo, del entramado general de todos los fenómenos, sólo quiere entresacar algunos de ellos —por ejemplo, las condiciones sociales—, se sirve *nolens volens* de la ficción, la cual, por su parte, está también vinculada a la cultura.

cos, jurídicos o incluso teológicos) a un terreno en el que a ese concepto no se le ha perdido absolutamente nada.

En las ciencias de la naturaleza se trabaja con hechos existentes que se quiere investigar. Las vinculaciones entre los hechos de la naturaleza están ya dadas, están ahí, aunque nosotros todavía no las conozcamos. Se da a ratones blancos tal o cual medicamento para ver cómo reaccionan. Se generan ciertos condicionamientos físicos y se espera el resultado. Y se toman toda clase de medidas para que ese resultado sea lo

más objetivo posible, es decir, para no influir en él con las propias expectativas o ideas.

Aplicar un procedimiento semejante en el arte, la literatura o incluso en la pedagogía es totalmente absurdo. En la pedagogía, la pregunta está de más por el hecho puro y simple de que los niños no son ratones blancos. En el arte y la literatura, el error es algo menos fácil de notar, porque casi siempre se olvida que ahí no hay hecho ni vinculaciones dadas que se puedan investigar *objetivamente*, o sea, desconec-

Lo que hacemos es probar, nada más. Puede que salga algo de ello, pero puede que no. Queremos ser completamente objetivos, es decir, no somos responsables de lo que quizá resulte». No, amiguitos: todo lo que se publica, se expone y se presenta a un público *es válido*. Tienen que poder ser medido con la misma medida que todo arte o literatura, y eso sin restricciones ni períodos de prueba. No hay *comienzos* ni *tanteos*, a no ser que éstos ya tengan por sí mismos calidad de arte. La mayor o menor buena voluntad no

cuenta absolutamente nada, pues, como dijo una vez Liebermann tan bien dicho, «el arte es lo contrario de la buena intención». A mí tampoco me interesa nada una cosa por el hecho de que sea nueva. Lo que me interesa, exclusivamente, es que sea buena. Nuevas patochadas se pueden tener cada día a docenas sin gran esfuerzo. (lo que, por otra parte, parece no percibir el mundillo cultural actual, o más bien, por cosa del negocio, prefiere no percibirlo.)

Resumiendo: lo único que cuenta en tales materias son